

MI CUERPO NO ES MIO



transexualidad masculina y presiones sociales de sexo

Moisés Martínez

Este texto es el capítulo número 7 del libro *El eje del mal es heterosexual. Figuraciones, movimientos y prácticas feministas queer*. La edición, introducción y traducción estuvo a cargo del Grupo de Trabajo Queer (Carmen Romero Bachiller, Silvia García Dauder y Carlos Bargeiras Martínez.)

Editado por Traficantes de Sueños. Madrid 2005

Los transexuales masculinos —MaH (de *Mujer* a Hombre), MaV (*Mujer* a Varón) en Latinoamérica, o FtM (*Female to Male*), también FtoM y F2M, en los países anglosajones— somos hombres a los que, al nacer, el estamento médico identifica como mujeres, tan sólo con un examen visual de nuestros genitales, sin cuestionarse la verdadera identidad sexual del neonato. Es decir, que cuando llegamos al mundo, en el paritorio alguien dice: «—Has tenido una niña». Esto no es una simple anécdota en la vida, ya que representa el inicio de un mecanismo que impregna de valores al nuevo bebé con toda una serie de códigos sociales relativos al sexo y a la sexualidad. Dicen que todos los bebés parecen iguales, pero al nacer ya se ocupa la familia de indicar bien claro su sexo mediante el nombre, la ropa, los pendientes, los juguetes o el color de los pañales. *Se hipersexualiza a los bebés con una saturación de género.*^[1] Primero la clase médica, luego la familia y después la sociedad en su conjunto modulan unos clichés de comportamiento férreos de los que es difícil salir. En la medida en que nuestro entorno nos lo permite, al ir creciendo los hombres transexuales asumimos un rol masculino que choca con el comportamiento que la sociedad espera de nosotros. A pesar de nuestros genitales, somos niños, somos hombres, pero se espera de nosotros un comportamiento femenino. Para ser considerados hombres se necesita una imagen social e íntima determinada, unas formas y unos usos.

Hemos aceptado que ya no existen las razas y hablamos de etnias como concepto socio-cultural, pero seguimos manteniendo que existen los sexos tal y como Dios colocó en el mundo a Adán y Eva, como verdades biológicas y no como estándares prediseñados. Seguimos sin asumir otras realidades sexuales que cuestionan la esencia biológica de los cuerpos, sin aceptar que los estereotipos sociales mutan en el espacio y en el tiempo.

¿CÓMO SE PUEDE DEFINIR SENTIRSE HOMBRE?

Siempre hay un momento en la vida de un transexual masculino en que se le pregunta por qué se siente hombre. Se nos exige tener una respuesta, una justificación, ante los no transexuales que les permita entender

1 Del LaGrace Volcano, en su conferencia *Cuerpos obscenos y especímenes espectaculares*, en el seminario *Tecnologías del género*, Museu d'Art Contemporani de Barcelona (MACBA), abril de 2004.

que tienen un hombre ante sí. Ocurre, por el contrario, que si trasladamos la pregunta de qué es ser un hombre a una persona no transexual sólo saben respondernos que es una cuestión física, que todo se reduce a tener unos determinados genitales.

Si un FtM no se ve en el espejo como un hombre ¿cómo sabe que lo es? Porque... ¿dónde radica la identidad sexual?: ¿En una imagen?, ¿en un vial de hormonas?, ¿en un bisturí?, ¿en una identificación grupal?, ¿en una categoría social? o... ¿es simplemente un sentimiento?

Es difícil definir qué es sentirse hombre. Sin embargo, es menos difícil explicar cuáles son los límites de actuación de un hombre y cuáles son los requisitos fisiológicos para ser un hombre. Está establecido socialmente qué comportamientos son propios del rol masculino, y cómo deben ser físicamente los hombres. Así, tanto por comportamiento como por físico, podremos reconocer quién es hombre y quién no lo es. Ahora, siempre es difícil definir un sentimiento.

Los hombres transexuales tenemos, que no es poco, la certeza de nuestra identidad, el convencimiento de ser quienes somos, independientemente de nuestro aspecto. Pero los transexuales debemos demostrar quienes somos, y demostrar quiere decir cumplir unos requisitos a los que la sociedad obliga. Paladines de esta represión, son la ciencia y el cuerpo jurídico. El ser mujer o ser hombre, y por lo tanto, también la transexualidad, es una realidad social que la medicina protocoliza y las leyes delimitan; el Estado crea este marco médico-legal que fomenta y perpetúa esta situación.

Bajo esta presión, las personas transexuales somos la punta del iceberg, la situación más extrema de la disfunción entre una realidad y una actitud coercitiva, aunque bajo esta presión social, el iceberg somos todos. Todos estamos influenciados para seguir unos comportamientos sobre cómo debemos mostrarnos y relacionarnos en función del sexo al que pertenecemos o al que nos dicen que pertenecemos.

En todos nosotros los binomios hombre/mujer y masculino/femenino es, o debe ser, una actitud sometida a constante cuestionamiento. Nadie es, en esencia, cien por cien hombre o cien por cien mujer, aunque a la Iglesia, la Medicina o al Estado les interese esa visión reduccionista.

Sin embargo, los y las transexuales y las personas transgénero desde la perspectiva del cuestionamiento de sexo y género somos la realidad más evidente de la deconstrucción de ese binomio. La transexualidad transgrede la estructura social que segrega por sexos (como si se tratase de una granja, en que los machos son MACHOS y las hembras son HEMBRAS) y, evidencia la posibilidad de la movilidad de los géneros y de la mutabilidad de los sexos. La transexualidad rompe la barrera de los sexos, y los transexuales cuestionamos, con nuestra presencia, la «esencia biológica» de los cuerpos.

De la transexualidad se han dado múltiples definiciones. Una de las más populares es la que dice que somos personas atrapadas en un cuerpo equivocado; otra, desde un ángulo diferente, que somos personas atrapadas en una sociedad equivocada. Ambas definiciones coexisten en nuestra sociedad y pueden coexistir en nosotros mismos. Ambas coinciden en afirmar que las personas transexuales estamos atrapadas en una equivocación. Pero, ¿quién se equivocó? ¿una cadena de aminoácidos al traducirse en proteína o la publicidad de «La Casa del Bebé» con sus cunas rosas y azules? ¿Se equivocan los cuerpos al formarse o se equivocan las sociedades al formar a los cuerpos? ¿De dónde proviene la certeza de esa equivocación? ¿Cómo y quién debe decidir ante *esa* equivocación?

Podemos, racionalmente, ser conscientes de la rigidez cultural con la que se encasilla al hombre y a la mujer, pero como seres sociales, es difícil zafarse de la necesidad de ver reconocida nuestra identidad ante los demás.

¿HAY UN ORIGEN NATURAL DE LA TRANSEXUALIDAD?

Lo natural se utiliza como sinónimo de normal y, lo que no es normal, o sea, lo que no sigue la norma se cataloga como antinatural. De esta manera unos valores sociales se instauran como una cuestión intrínseca de los cuerpos.

Aunque hay quien juzga, y apelando a la naturaleza dice que tal «manera de ser» es antinatural, sin embargo, en la naturaleza existe el cambio de sexo, la homosexualidad y la diversidad de roles. Hay almejas y peces que cambian de sexo una o más veces a lo largo de su vida, los caracoles son hermafroditas teniendo dos tipos de genitales totalmente diferen-

ciados. Personalmente he visto a una gallina cantar como un gallo, y a un gato y un perro, ambos machos, practicando sexo (que además de homosexualidad es zoofilia), y existen aves que en trío forman una familia y se reparten las tareas del nido, la búsqueda de comida, el cuidado de las crías... Posiblemente hay muchas más especies que aún están en el armario.

Nosotros, los seres humanos controlamos y reprimimos nuestra naturaleza, nuestros instintos, por la presión de una moral secular: las emociones y los sentimientos los solemos prohibir, delimitar, legalizar, castigar, ensalzar; no tenemos una sexualidad relacionada con el celo aunque igualmente esté orientada hacia la reproducción; aprendemos los límites temporales de nuestra fertilidad pero no todos los puntos de placer de nuestra piel; nuestro olor corporal es concebido como desagradable y, para contrarrestarlo, nos aplicamos cremas que lo anulan, nos perfumamos con colonias artificiales, perdiendo así la individualidad de nuestro olor, estandarizándolo.

Nos hemos domesticado a nosotros mismos. En este sentido somos el animal y el amo a la vez. El género y el sexo son también algo que hemos domesticado. Hemos des-naturalizado nuestro comportamiento. Establecido cómo debemos mostrarnos y relacionarnos, qué debemos mostrar y qué debemos ocultar, cómo ha de ser lo que mostramos, y en qué momento y de qué manera es apropiado hacerlo. Sandy Stone, en *Gendernauts*, nos dice: «El sexo puede adoptar todas las formas imaginables. Creemos que sólo existen dos —el masculino y el femenino— porque hemos aprendido a hacer los otros invisibles. Tenemos que aprender a verlos, tenemos que redescubrir nuestro conocimiento de ellos».^[2]

La naturaleza rompe muchas veces nuestros esquemas sociales, pero la sociedad crea discursos antinaturaleza. También la propia naturaleza nos ofrece discursos «antinaturales», por muy contradictorio que parezca. Al igual que la sociedad puede ser asocial. Por esto, ni naturaleza, ni sociedad pueden prescribir comportamientos o realidades sentando cátedra en la Real Academia de la Sexualidad. Realmente, ni las Ciencias Naturales ni la Sociología podrían crear unos postulados máximos indudables, como Verdad Suprema, pues cuando se empieza a profundizar

2 Stone, Sandy, en el documental *Gendernauts* (Monika Trent, 1999).

ellas mismas entran en contradicción.

EL DOGMA GENITAL

Socialmente se nos divide desde el nacimiento en hombres y mujeres e, incluso desde antes de nacer con una ecografía. ¿Quién no ha escuchado alguna vez preguntar a una embarazada si lleva en la barriga un niño o una niña?

La interrelación personal se desarrolla de forma distinta si tenemos delante una niña o un niño. Nos aproximamos de maneras diferentes. La manera de hablar está sexualizada en lo que decimos y en la manera de hacerlo: las bromas, el tono de voz, las súplicas, los argumentos, las concesiones se establecen bien hacia una mujer o bien hacia un hombre. La forma de tocarnos o de aproximarnos se vive de diversas maneras (por ejemplo en el saludo: dar la mano o dos besos en las mejillas). Y esto es así porque nos han enseñado a tener comportamientos diferentes, actitudes diferentes, e incluso aptitudes diferentes. A hombres y a mujeres, nos hacen mirar la vida con desiguales valores y expectativas.

Como decía más arriba, al nacer, el estamento médico asigna un sexo a cada bebé por la simple observación de los genitales. Debido a la existencia de esta primera asignación, al mal denominado «cambio de sexo» se le llama proceso de reasignación de sexo (o Cirugía de Reasignación Sexual —CRS).

En las personas, los genitales externos (que son los considerados para asignar el sexo al nacer) se pueden dividir en tres grandes bloques. Los denominados genitales femeninos, el clítoris, la vagina y la vulva, que se asocian a la mujer. Los llamados genitales masculinos, el pene y los testículos, que se asocian al hombre. Y los genitales definidos como ambiguos o intermedios que se asocian a personas intersexuales (término moderno de hermafrodita), donde encontramos hasta 600^[3] tipos (constatados, quedan los no constatados) de combinaciones diversas de pene, vagina, testículos, ovarios externos y clítoris de formas, tamaños y cantidades diferentes (tres testículos, clítoris grande, dos vaginas, ovotestes —un intermedio entre ovario y testículo—, cinco penes, vagina no

3 Pescado en la red, en la web de *Intersex Society of North America*: <http://www.isna.org>

perforada...). De hecho este tercer bloque no tiene una entidad propia, ya que deconstruye el binomio genital vagina/pene (coño/polla), y por ello no tiene un nombre propio sino que depende de los dos anteriores. No se le llama «C», sino que es «no A-no B». Y es en estas personas donde se produce el dilema, donde es necesaria la definición de los genitales, para así poder definir el sexo y su realidad social. Porque C solamente se convertirá en A o en B a través de la cirugía. «Actualmente, la mayoría de las personas intersexuales no son respetadas y son castradas por parte de la clase médica, con la connivencia de los padres. Esto ocurre porque la presión social para determinar un único sexo a cada uno de nosotros es muy fuerte, y se opta entonces por elegir uno de los dos que ya tiene la persona intersexual; generalmente el femenino pues, ya se sabe, es más fácil quitar que poner, extirpar que reconstruir, y la ligereza del bisturí es prodigiosa»^[4].

Al anotar el nuevo nacimiento, tanto en la ficha médica como en la hoja de inscripción del Registro Civil, nos encontramos ante la categoría de sexo con sólo dos casillas posibles: «hombre» o «mujer». Es obligatorio rellenar este campo y marcar sólo una de las dos opciones. Los nombres también tienen condicionantes de género. Así, el párrafo segundo del Artículo 54 de la Ley del Registro Civil prohíbe que éstos produzcan confusión en el sexo: «En la inscripción se expresará el nombre que se da al nacido... Quedan prohibidos los nombres que objetivamente perjudiquen a la persona, así como los diminutivos o variantes familiares y coloquiales que no hayan alcanzado sustantividad, los que hagan confusa la identificación y los que induzcan en su conjunto a error en cuanto al sexo»^[5].

Por ejemplo, tenemos el caso de que a principios de los noventa, en el Estado español, muchos padres japoneses se encontraron con impedimentos para poder registrar los nombres de sus hijas porque eran considerados nombres de niño. Los nombres femeninos japoneses acaban en «ko», y para nuestra cultura occidental latina es una terminación marcadamente masculina. Para solventar estas diferencias culturales las autoridades del lugar de origen del nombre expiden un certificado de

4 Pereda, Ferran, *El Cancaneo. Diccionario Petardo de Argot Gay, Lesbi y Trans*, Entrada *Intersexual*, Barcelona, Ed. Laertes, 2004, p. 104.

5 Ley de Registro Civil, art. 54 II de la LRC

autenticidad de dicho nombre con su género.

Considerar un nombre masculino o femenino porque éste acabe en una u otra vocal, o porque contenga unos u otros fonemas es aberrante. Es conocido que los nombres propios terminados en [o] se toman como masculinos y en [a] como femeninos; o que los que contienen los fonemas [i] y [n], Cristina, Sabina, Marina, tienen una «sonoridad» femenina. La sexualización del lenguaje es un hito también marcadamente discriminatorio.

El lenguaje, las leyes, la medicina parecen tener idéntico criterio: la distinción de sexos en hombre y mujer por la simple casualidad de tener unos u otros genitales. Así, los cuerpos de hombre y mujer tienen unas formas, tamaños y usos determinados. Sobre la base de esto reciben también solución quirúrgica pediátrica los clítoris grandes (que podrían parecerse o usarse como penes) y los penes pequeños (que podrían no ser aptos para penetrar). Acortar un clítoris es semejante a prescribir una ablación. Y a los recién nacidos diagnosticados con micropene (pene en RN de tamaño inferior a 2,5 cm) y con sexo cromosómico XY (que determina sexo macho) se les corta el micropene. En este punto, el estamento médico ya no separa a las personas entre hombres y mujeres, sino en personas que poseen un pene y personas que carecen de él. Falocracia en estado puro. Otro caso semejante es lo que les ocurre a los bebés sin vagina, que se les quita una porción del colon para realizarles una vaginoplastia. En este otro punto, el estamento médico ya no separa a las personas entre hombres y mujeres, sino en personas penetradoras y personas penetrables. Mauro Cabral, activista intersex argentino, critica al movimiento feminista por no incluir la política de los cuerpos intersex en su agenda, a pesar de que las intervenciones durante la infancia ordenan como mujeres a «fallados» de los dos posibles sexos^[6].

Pero no toda la diversidad de intersexualidades se hace visible en los genitales externos. Hay otros tipos de intersexualidades en que, habiendo nacido con genitales aparentemente hetero-normativizados, después

6 Pescado en la red, en la web www.pagina12web.com.ar. Entrevista a Mauro Cabral realizada por María Moreno, en el periódico *Página 12*, sobre su intervención en el foro latinoamericano sobre sexualidades «Cuerpos ineludibles», organizado por el grupo feminista *Ají de Pollo* y el Área *Queer del Centro Cultural Ricardo Rojas*, Buenos Aires, septiembre de 2003.

los scanners y ecografías aportarán las pruebas médicas de intersexualidad. En la edad púber actúan las hormonas del otro sexo evidenciando la discordancia, la intersexualidad. Hay personas mujeres que, buscando la causa por la que no se quedan embarazadas, descubren que sus cromosomas son XY, habiendo sido una forma severa del Síndrome de Insensibilidad a los Andrógenos la que provocó que la testosterona, que ordenaba fabricar su «Y», no masculinizara su cuerpo en el vientre de su madre, y no naciera genitualmente varón. ¿Cómo se plantean entonces su identidad de sexo estas mujeres XY? Por otro lado, existen corrientes médicas que explican la transexualidad como una intersexualidad entre el físico y la mente.

Los genitales, a nivel del desarrollo fetal, provienen de las mismas células madre y evolucionan, dependiendo de las hormonas, hacia uno u otro tipo de genitales. Por lo tanto, todos los genitales tienen la misma base y comparten los mismos tejidos y estructuras. Así, el clítoris equivale al pene (ambos tienen cuerpos cavernosos y erección), los ovarios equivalen a los testículos, el útero a la próstata, el escroto a la vulva, etc...

Podríamos jugar con las palabras y decir que el pene es un clítoris grande o que el clítoris es un pene pequeño, que los ovarios son testículos ascendidos e internos o que los testículos son ovarios descendidos y externos, o que el útero-próstata puede estar canalizado al exterior entre la uretra y el ano, o no.

Un efecto del tratamiento con testosterona en transexuales masculinos es el crecimiento del clítoris (entre cuatro y seis cms.), que, a menudo, los FtM pasaremos a llamarle pene o polla. En lenguaje médico, este órgano se denomina clítoris hipertrofiado y sólo después de someterse a la CRSMetadoioplastia pasará a denominarse pene o micropene.

PROCESO DE REASIGNACION SEXUAL

La transexualidad se entiende como el salto de un sexo a otro, como un proceso de búsqueda de la identidad que tiene un inicio y un final establecido. Un camino que, como en los bebés o en los adolescentes intersexuales, está pautado en un protocolo médico de actuación. Los padres de intersexuales con sus hij@s, l@s intersexuales y l@s transexuales

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

